



El eco del último disparo



Museo Nacional de Bellas Artes
desde el 30 de octubre de 2015 hasta el 14 de febrero de 2016
Edificio de Arte Cubano




La Asamblea de Guáimaro
Juan Emilio Hernández Giro (Santiago de Cuba, 1882 – La Habana, 1953) 
 Colección Museo de la Revolución

La gran convención política que pasó a la historia cubana con el nombre de Asamblea de Guáimaro, efectuóse en el pequeño poblado camagüeyano de ese nombre, con la concurrencia de representantes de los tres Departamentos alzados en armas, Oriente, Camagüey y Las Villas. Las sesiones comenzaron el 10 de abril de 1869 y se extendieron hasta el día 11. Al final de la Asamblea, planteóse un problema que fue motivo de un largo y tenso debate: la elección de la bandera de la República. Esta cuestión trascendía al campo de las controversias políticas, a causa de que veníanse usando dos banderas. En Oriente, se usaba la llamada “Bandera de Bayamo” compuesta y

enarbolada por Céspedes al proclamar la independencia en La Demajagua. En Camagüey y Las Villas, la hecha flamear por primera vez en Cuba por Narciso López, en 19 de mayo de 1850, al desembarcar en Cárdenas. Discutido el asunto ampliamente, la mayoría votó a favor de la bandera actual de la República, o sea de la imaginada por el general Narciso López, dibujada en Nueva York en el hogar del poeta, escritor y dibujante Miguel Teurbe Tolón, el año precedente. El primer acto de la Cámara de Representantes una vez constituida, fue de conciliación política. Consistió en adoptar a propuesta de Antonio Zambrana la resolución siguiente: “Que el primer acuerdo de la Cámara de

Representantes consista en disponer que la gloriosa bandera de Bayamo se fije en la sala de sus sesiones y se considere como una parte del tesoro de la República”. El artículo 24 de la Constitución de Guáimaro acordaba: “Todos los habitantes de la República son enteramente libres.” Por lo que la República de Cuba en Armas asentaba en Guáimaro, la estocada que terminaría por demoler la institución esclavista en Cuba.

(Ramiro Guerra y Sánchez. *Guerra de los Diez Años 1868-1878*. Tomo I, Edit. Cultural, S.A., 1950, pp.247-264)



Cabeza de Maceo (boceto)

Armando García Menocal (La Habana, 1863 – 1942)

Colección Museo Nacional de Bellas Artes



Maceo

Antes que la vanguardia se presenta
el bravo paladín, nuevo Teseo,
nimbado con las luces del trofeo
y el afanar de su oblación sangrienta.

De rostro hermoso, de palabra lenta,
sobrio ademán y corte giganteo;
venido de africano y europeo
de su tierra natal el aire ostenta.

Resuelto de antemano a dar la vida
se precipita cual fulmíneo lampo
para llevar a cabo su embestida.

Y en medio de la pólvora que estalla
por todas partes del revuelto campo
su sello impera, él solo es la batalla.

Armando García Menocal



Muerte de Maceo

Armando García Menocal (La Habana, 1863 – 1942)

Colección Consejo de Estado





Boceto para el mural "*La Reconcentración de Weyler*"
Leopoldo Romañach Guillén (Sierra Morena, Las Villas, 1862 – La Habana, 1951)
 Colección Museo Nacional de Bellas Artes

El 10 de febrero de 1896 se hacía cargo del gobierno de Cuba y de la jefatura del ejército español en ella, el general Valeriano Weyler. El presidente del Consejo de Ministros, Antonio Cánovas del Castillo, dictador de España y restaurador de la monarquía, propugnaba

la política de mantener la dominación colonial en Cuba hasta "sacrificar el último hombre y la última peseta".

A esos efectos, se proponía llevar con Weyler una guerra de exterminación masiva con-

tra la población cubana. La nueva política acordada por Cánovas del Castillo no había sido invención de éste. Después de su derrota en Peralejo, el general Martínez Campos había escrito a Cánovas, señalándole a Weyler como el único hombre capaz de lle-

var a cabo una guerra a muerte contra el pueblo cubano. Esa clase de guerra exigía, según Martínez Campos, en primer término "reconcentrar las familias de los campos en las poblaciones", aún cuando esto trajera como consecuencia, añadía a renglón seguido, que "la miseria y el hambre serían horribles". El "Pacificador" no se consideraba a sí mismo apto para desempeñar esa misión por sus sentimientos "humanitarios", pero pedía la aplicación de la guerra de exterminio como único medio de conservar la colonia.

La guerra de exterminio que ahora se llevaría a efecto no tenía secretos para Valeriano Weyler, que se había distinguido en la Guerra de los Diez Años por sus crímenes contra la población campesina. Los fusilamientos de familias enteras, la destrucción por el fuego de caseríos y sembrados, la condenación a una gran parte de la población campesina a morir de hambre y de enfermedades en las poblaciones, había sido ensayado por el feroz y sanguinario Conde de Valmaseda en algunas regiones del país, siendo Weyler uno de sus más eficaces colaboradores.

... Cuando el alcalde municipal de Güines se dirigió a Weyler para pedirle víveres y medicinas para evitar que los reconcentrados siguieran muriéndose de hambre y se propagaran enfermedades entre la población, Weyler le respondió:

"¿Dice usted que los reconcentrados mueren de hambre? Pues precisamente para eso hice la reconcentración."

(*Historia de Cuba*. Edit. Pueblo y Educación, Segunda edición. La Habana, 1968, pp.412-413)



Asamblea mambisa

Armando García Menocal (La Habana, 1863 – 1942)

Colección Museo Nacional de Bellas Artes



La Junta de La Mejorana
Juan Emilio Hernández Giro
 (Santiago de Cuba, 1882 – La Habana, 1953)
 Colección Museo de la Revolución



En esta conjunción de jefes supremos había de decidirse el curso de la guerra... Mientras los dos veteranos hablaban solos en el portal, los oficiales que rondaban de lejos la casa de vivienda pudieron advertir algunos ademanes enérgicos de Maceo, gestos sosegadores del Viejo. Luego, Martí se incorporó a ellos, y los tres se internaron en la casa.

De lo que pasó en aquella entrevista, no quedaron para la historia sino reticencias

por escrito, que alguna mano celosa de la gloria de todos contribuyó a borrar aún más...

De otro problema delicado se habló en la junta, que concernía más directamente a Martí: la autoridad civil de la revolución. Fiel a su criterio de siempre y al mandato mismo de que estaba investido, insistía el Delegado en que se dispusiese la consulta de los diferentes núcleos separatistas, a fin de constituir cuanto antes un gobierno que integrara el esfuerzo de toda la Isla. Maceo

opinaba que ese cuidado era prematuro y limitaría la acción de los mandos militares. Era esencialmente el mismo problema del 84; sólo que ahora Gómez se hallaba solidarizado con el juicio político de un Martí ya autorizadísimo ante sus ojos, y en Maceo el resentimiento se había convertido en recelo...

Pero la providencia histórica velaba. Al otro día, a poco de marchar, el pequeño contingente de Gómez se da de manos a

boca con una avanzadilla de Maceo. Avisado éste, invita al General en jefe y a Martí a venir a su campamento. Aclaman las tropas con frenesí a las tres grandes figuras de la revolución. Gómez les pasa revista. A petición de Maceo, el Delegado arenga a la tropa...

(Jorge Mañach Robato. *Martí, el Apóstol*. Edit. Ciencias Sociales, La Habana, 2001, pp.244-245)



Máximo Gómez en Mal Tiempo
(boceto)

Juan Emilio Hernández Giro (Santiago de Cuba, 1882 – La Habana, 1953)

Colección Museo Nacional de Bellas Artes



El general Maceo organiza rápidamente el ataque por el frente y se lanza sobre las líneas españolas al galope de su fogoso caballo moro, que parece que no toca tierra; al mismo tiempo lo efectúa el general Gómez con su escolta de camagüeyanos y tres escuadrones de Martí, García y Guá; él, delante de la tropa, tieso, clavado en la montura, blandiendo el alfanje que usa... Una cerca de alambre estorba la vía, pero se hiende de un tajo, y sigue con mayor empuje la impetuosa carga... Por los flancos la carnicería ha sido tremenda. Gómez, brioso y enardecido como en Palo Seco, ha roto el más fuerte núcleo de los españoles, siendo el primero en abrir boquete: su escolta y los escuadrones de orientales que con él han ido al asalto, lo ensanchan enseguida y derriban los cuatro muros de bayonetas, esparciéndolos en mil pedazos.

(José Miró Argenter. *CUBA. Crónicas de la guerra. La campaña de invasión*. Tomo I. Edit. Lex, La Habana, 1942, pp.162-163)



Caballería Mambisa
Eduardo Morales (La Habana, 1868 – 1938)
Colección Museo Nacional de Bellas Artes



Mambises

Aurelio Melero y Fernández de Castro (La Habana, 1870 – 1929)

Colección Museo Nacional de Bellas Artes



Fusilamiento de los estudiantes de medicina el 27 de noviembre de 1871

Manuel Mesa Cubillo (Sagua la Grande, ¿? – La Habana, 1971)

Colección Oficina del Historiador de la Ciudad

A mis hermanos muertos el 27 de noviembre

Cadáveres amados los que un día
 Ensueños fuisteis de la patria mía,
 ¡Arrojad, arrojad sobre mi frente
 Polvo de vuestros huesos carcomidos!
 ¡Tocad mi corazón con vuestras manos!
 ¡Gemid a mis oídos!
 ¡Cada uno ha de ser de mis gemidos
 Lágrimas de uno más de los tiranos!
 ¡Andad a mi redor; vagad en tanto
 Que mi ser vuestro espíritu recibe,
 Y dadme de las tumbas el espanto,
 Que es poco ya para llorar el llanto
 Cuando en infame esclavitud se vive!
 ...
 ¡Un mármol les negué que los cubriera,
 Y un mundo tienen ya por sepultura!
 ¡Y más que un mundo, más! Cuando se muere
 En brazos de la patria agradecida,
 La muerte acaba, la prisión se rompe;
 ¡Empieza, al fin, con el morir, la vida!

 ¡Oh, más que un mundo, más! Cuando la gloria
 A esta estrecha mansión nos arrebató,
 El espíritu crece,
 El cielo se abre, el mundo se dilata
 Y en medio de los mundos se amanece.

¡Déspota, mira aquí cómo tu ciego
 Anhelo ansioso contra ti conspira:
 Mira tu afán y tu impotencia, y luego
 Ese cadáver que venciste mira,
 Que murió con un himno en la garganta,
 Que en tus brazos mutilado expira
 Y en brazos de la gloria se levanta!
 No vacile tu mano vengadora;
 No te pare el que gime ni el que llora:
 ¡Mata, déspota, mata!
 ¡Para el que muere a tu furor impío,
 El cielo se abre, el mundo se dilata!

José Martí
 Madrid, 1872



La Protesta de Baraguá

Enrique Caravia Montenegro (La Habana, 1905 – 1998)
Colección Academia de Ciencias de Cuba

Maceo, concentrando en sí toda su energía, bruscamente lo interrumpió diciéndole:

- Guarde usted ese documento; no queremos saber de él...!

El general tiró su cigarrillo y plegó su papel guardándole en su levita.

- Es decir, exclamó, que no nos entendemos?
- No! Dijo Maceo, no nos entendemos.
- Entonces, replicó el General Campos ¿volverán a romperse las hostilidades?
- ¡Volverán a romperse las hostilidades!, acentuó Maceo significativamente...
- No quiero abusar de la situación de ustedes: comprendo que aquí hay jefes de regiones apartadas que antes de principiar operaciones deben hallarse en sus respectivas zonas; en ese caso, ¿qué tiempo cree usted que necesita para que vuelvan a romperse las hostilidades?

Martínez Campos que acentuó las palabras ¿QUE TIEMPO? Creyó que Maceo tragando el anzuelo le pediría por lo menos un mes, plazo suficiente para introducirse, como lo hizo en Las Villas y Camagüey, y desarmar nuestra gente, echando por tierra los proyectos “salvajes” del General Maceo.

A las palabras ¿QUE TIEMPO? Maceo interrumpió contestándole:

- Ocho días!
- ¿Quiere decir, exclamó tristemente el General en Jefe, que el 23 se rompen las hostilidades?
- ¡El 23 se rompen las hostilidades! Dijo Maceo sentenciosamente, poniendo punto final a la entrevista...

El Capitán de Cambute, Fulgencio Duarte, que había presenciado la conferencia, dio a conocer la situación con una gráfica expresión, exclamando:

- ¡Muchachos, el 23 se rompe el corajo!

(Fernando Figueredo, *La Revolución de Yara. 1858-1878*. Edit. Pueblo y Educación, La Habana, 1972, pp.270-271)



Instauración de la República

Enrique Cruet Willermes (La Habana, 1895 - 1979)

Colección Museo Nacional de Bellas Artes

En la primavera de 1902 los patriotas de Cuba idearon muchas formas de celebrar el próximo ingreso de la Isla en la comunidad jurídica internacional. El pabellón nacional ocupó gran parte de la atención de todos. Al mediodía del 20 de mayo, cuando el Palacio de la Plaza de Armas de La Habana era teatro de la toma de posesión de Tomás Estrada Palma como Presidente de la República, al otro lado de la bahía, en el castillo de El Morro, un general del Ejército Libertador, Emilio Núñez, dirigió una ceremonia cívica. Veteranos de la guerra de independencia rodearon el palo mayor de El Morro. Un oficial norteamericano llevó en alta voz la cuenta de los cañonazos que eran disparados a manera de salvas. Al anunciar el último, el número cuarenta y cinco, descendió lentamente del mástil la bandera de las barras y las estrellas, recibida, los cuerpos inclinados y los brazos extendidos, a los acordes del himno de los Estados Unidos de América, por curtidos lidiadores cubanos. Durante unos segundos el asta apareció escueta. Inmediatamente después –lágrimas y sollozos de alegría en Emilio Núñez y sus compañeros, transportes de frenesí en la muchedumbre que desde la ciudad contemplaba el suceso histórico- muchas manos, trémulas manos, tiraron de una fuerte cuerda hasta dejar flotando sobre la antigua fortaleza una bandera de dimensiones colosales...

(Emeterio S. Santovenia. *La bandera de Narciso López en el Senado de Cuba*. Edic. Oficiales del Estado, La Habana, 1945,pp.31-32)



Batalla naval

Enrique Cruet Willermes

(La Habana, 1895 - 1979)

Colección Museo Nacional
de Bellas Artes



La primera batalla de la guerra entre España y Estados Unidos no se libró en Cuba sino en las Filipinas. El 1 de mayo de 1898... La batalla naval de Santiago, el 3 de julio de 1898, fue un desastre similar. El almirante español Pascual Cervera y Topete había puesto rumbo a la bahía de Santiago, donde sus buques quedaron pronto bloqueados por la flota americana, mandada por el almirante William T. Sampson. Buques de guerra patrullaban las aguas fuera de la bahía,

mientras de noche Sampson se servía de potentes reflectores para iluminar la única salida. Cervera estaba convencido de que los americanos le superaban irremediabilmente en potencia de fuego y de que una salida de la bahía llevaría a la destrucción de la flota. No obstante, presionado por el capitán general de La Habana, Ramón Blanco, Cervera intentó superar el bloqueo en la mañana del 3 de julio. Todos sus barcos fueron destruidos. Su buque insignia, el *María Teresa*,

junto con el *Oquendo*, el *Vizcaya* y el *Cristóbal Colón* acabaron hundidos (el último tras una espectacular persecución de cincuenta millas). El *Plutón* y el *Furor* estallaron y se fueron a pique...

(Christopher Schmidt-Nowara. "Imperio y crisis colonial", en *Más se perdió en Cuba. España, 1898 y la crisis de fin de siglo*. Alianza Editorial, S.A., Madrid, 1998, pp.70-73)



*Campamento mambí.
Agua en catauro*
Emilio Rivero Merlín
Colección Museo Nacio-
nal de Bellas Artes





Toma de un ingenio por las tropas cubanas

Manuel del Barrio y Llorens

Colección Museo Nacional de Bellas Artes

La aplicación de la política de la “tea incendiaria” como recurso fundamental de guerra por parte de los mambises. Inicialmente, su implantación chocó con los criterios de algunos dirigentes, principalmente camagüeyanos; pero, con rapidez, su necesidad se impuso en la manigua. Quemar y destruir toda la riqueza que podía ser utilizada por

el colonialismo español devino imperiosa necesidad de los mambises. La primera región en aplicarla, en 1868, fue la correspondiente a la división Cuba, capitaneada por Donato Mármol y Máximo Gómez. Gracias a la tea, España se vio privada de cuantiosos recursos.

(Oscar Loyola Vega. “Liberación nacional y cambio social 1868-1898”, en Eduardo Torres-Cuevas y Oscar Loyola *Historia de Cuba 1492-1898, formación y liberación de la nación*. Edit. Pueblo y Educación, La Habana, 2001, pp.261-262)



El Mayor Calixto García asaltando el fuerte Mella
Juan Emilio Hernández Giro (Santiago de Cuba, 1882 – La Habana, 1953)
 Colección Museo Nacional de Bellas Artes

El 14 de octubre de 1896, en un lugar que el Generalísimo Máximo Gómez en su Diario de Campaña llamó Arroyo Hondo y el oficial e historiador mambí Aníbal Escalante Beatón denominaba Blanquizal, Gómez y Calixto se reunieron para acordar el plan de ataque a Guáimaro, la plaza fortificada

de mayor importancia estratégica para los españoles en la zona. Tres días después, un cañonazo dio inicio al combate. A ese disparo le sucedió una andanada de artillería contra el fuerte Mella. Las restantes fortificaciones sufrían a la vez el asedio de los fusileros mambises.

Se ordenó entonces el asalto al fuerte Mella. Años después narraría Escalante Beatón: “La acción de nuestros hombres fue tan vigorosa, que en menos de diez minutos la bandera de la estrella solitaria se vio temblar victoriosa en el tope del fortín”.

(Pedro Antonio García. *Mayor General Calixto García. El poliorceta mambí*. Disponible en: <http://www.bohemia.cu/2009/07/23/historia/cuba-calixto-garcia.html>)



Máximo Gómez en campaña
Armando García Menocal
(La Habana, 1863 – 1942)
Colección Museo Nacional de Bellas Artes



“Máximo Gómez conserva inalterables sus aptitudes de batallador y los rasgos típicos de su carácter. El viejo combatiente ha pasado íntegro y glorioso a través de vicisitudes y penalidades capaces de debilitar la naturaleza más robusta; pero hombre extraordinario, dotado de una voluntad de hierro, se ha mantenido firme y altivo; invulnerable al contagio de las pasiones políticas. Espíritu batallador, modelo vivo de lealtad republicana, luchó diez años contra

la iniquidad de los españoles, y nuevamente les plantea el duelo con la arrogancia de un joven paladín.

“Es de buena estatura, de pocas carnes, flaco, cartilaginoso; de tez trigueña, mirada viva y penetrante, y de modales ásperos. Muy impresionable; cosa que descubren todos sus actos y la expresión de su fisonomía, en la que se estampan, de un modo gráfico, las alteraciones nerviosas de su temperamento. El tono de su voz es siempre imperativo, al

extremo de que aún en el hablar amistoso, parece que reprende o que manda una maniobra. Inflexible y severo, la ordenanza es su canon único ¡ay del que la conculque!, recluta, oficial o jefe superior no hallarán clemencia. Por lo demás es amante del soldado viejo, con el que bromea a menudo; ¡contraste singular!, le gusta escribir y escribe sobre diversos asuntos cálamos corrientes. Su estilo rudo, defectuoso, cuando se refiere a cosas del servicio militar, se trueca en

pintoresco, con matices, imágenes y colorido propio, si la labor es narrativa. Dijérase que Gómez, cuando deja la espada por la pluma, hace un despliegue mental por los campos de la retórica.

(José Miró Argenter. *CUBA. Crónicas de la guerra. La campaña de invasión*. Tomo I. Edit. Lex, La Habana, 1942, pp.129-130)